

DEL SABER AL COMPRENDER¹

Por: Manfred Max-Neef²

Creo que todos demostramos una preocupación creciente respecto del mundo que estamos viviendo. En el mundo de estos días a mí me toca viajar muchísimo y siempre que lo hago voy constatando cómo crecen las preocupaciones, las angustias, las ansiedades, las inseguridades respecto del futuro y también del presente. Particularmente notorio es el caso de la juventud, de la gran mayoría de los que están aquí en esta sala, en relación con qué posibilidades reales tienen de poder diseñar un proyecto de vida que sea coherente y que pueda cumplirse; todos viven en enormes dudas, es un mundo en ese sentido que plantea desafíos que la juventud se tiene que enfrentar con una visión distinta de la tradicional en que hemos visto el mundo. En todas partes donde voy constato el desinterés creciente y la desconfianza creciente por parte de la juventud en relación con la política convencional, en relación con los partidos políticos tradicionales. Por ejemplo en mi país es clarísimo que los jóvenes se niegan a inscribirse en los registros electorales porque no tienen interés en participar en aquello en lo cual han perdido la confianza y esto se nota en todas partes del mundo.

Hace dos meses me encontraba en Munich, Alemania, en una Universidad y esa tarde estaba tomando una cerveza con un grupo de estudiantes: eran cuatro muchachas y dos muchachos, estábamos conversando de toda clase de cosas y de repente el tema se centro en un punto y una de las chicas dice, bueno lo que es yo no voy a tener hijos, y la otra dijo yo tampoco y todos los que estaban en la mesa dijeron lo mismo, por supuesto que a mí me sorprendió y les dije: ¿cómo, por qué no quieren tener familia, no se van a casar? Ellos respondieron: sí nos vamos a casar pero no vamos a tener hijos y entonces pregunté ¿por qué? Al unísono respondieron porque tenemos miedo. Para mí ese fue un golpe muy fuerte. Estamos hablando de uno de los países más poderosos, de esos países que se nos ha dicho que debíamos tratar de emular, donde debíamos buscar y encontrar inspiración, pues en estos países la juventud tiene miedo del futuro y no se atreve porque no sabe a que mundo van a lanzar a sus hijos; bueno ese es el mundo en que estamos viviendo en este momento, nos guste o no nos guste.

Ahora las preguntas que yo me he venido haciendo desde hace bastante tiempo son: ¿Por qué hemos llegado a este mundo? ¿Por qué estamos como estamos? ¿Era inevitable que fuese así? Posiblemente podríamos haber llegado a un punto distinto, un mundo distinto del que estamos viviendo hoy, y eso es lo que quiero compartir con ustedes esta noche.

La vida diaria es una interminable secuencia de bifurcaciones; la decisión que tome implica todas las decisiones que no tome, la ruta que elijo es parte de todas las rutas que no escogí. Nuestra vida es inevitablemente una permanente opción entre una infinidad de posibilidades ontológicas, algo que más de uno en esta sala lo ha vivido. El hecho de haber estado en un lugar determinado, en un momento muy preciso, cuando una determinada situación aconteció o una determinada persona

¹ Conferencia orientada en el Aula Máxima de la Universidad Militar Nueva Granada, agosto 23 de 2005, la cual fue editada por Desiderio López Niño, Vicedecano de la Facultad de Ciencias Económicas, por lo tanto cualquier error exime de responsabilidad alguna al conferencista.

² Premio Nobel Alternativo de Economía en 1983

apareció; eso pudo haber tenido un efecto decisivo para el resto de toda mi vida. Unos minutos más temprano o más tarde, algunos metros más allá o algunos metros más acá, podrían haber significado una bifurcación distinta y por lo tanto otra vida totalmente distinta.

Todos los que somos mayores miramos hacia atrás, hacia el pasado y siempre encontramos un momento donde jamás nos habíamos imaginado ese instante, ese momento el cual iba a ser determinante en lo que paso el resto de mi vida; porque cuando ocurre ese instante uno no tiene la noción de la trascendencia que va a tener, pero la vida es así y tarde o temprano a todos les ocurre ese tipo de experiencia. De ahí, que decía el gran filósofo español José Ortega y Gasset "*yo soy yo y mis circunstancias*". Ahora, lo que vale para vidas individuales es valido para comunidades y sociedades enteras. Nuestra así llamada civilización occidental es el resultado de sus propias bifurcaciones, somos lo que somos, pero podríamos haber sido distintos. Revisemos pues algunas de nuestras determinantes bifurcaciones.

En algún momento, por allá en el siglo XIII en Italia un joven llamado Giovanni Bernardone, en realidad muy joven y muy rico, por una intuición que tuvo decidió cambiar radicalmente su vida, y como resultado de su transformación lo recordamos hoy con otro nombre, el de Francisco de Asís. Francisco cuando se refería al universo, hablaba del hermano sol, de la hermana luna, del hermano lobo y del fuego, del agua, de los pájaros y los árboles también como hermanos y hermanas; el mundo que Francisco describía y sentía era un mundo en el que el amor no sólo era posible, sino que tenía un sentido universal.

Algún tiempo después también en Italia escuchamos la resonadora voz del brillante y astuto Maquiavelo, que nos advierte: "*es mucho más seguro ser temido que amado*", él también describe un mundo pero no sólo lo describe, sino que lo crea. El mundo que tenemos hoy no es el de Francisco, es el mundo de Maquiavelo. Francisco fue la ruta no navegada, la navegación que escogimos fue la de Maquiavelo e inspirados en él construimos nuestras concepciones sociales, políticas y económicas.

En 1487 otro joven de sólo 23 años de edad llamado Francesco Pico della Mirandola se prepara para defender públicamente sus 900 tesis sobre la concordia entre las diferentes religiones y filosofías. Francesco se niega a enclaustrarse dentro de los límites de una sola doctrina convencido de que las verdades son múltiples y nunca sólo una; aspira a una renovación espiritual que pueda reconciliar a la humanidad, creencia y posición que lo llevan a una fatal condena.

Algunos años más tarde al contrario, un creyente fervoroso en la verdad absoluta, en la verdad única y en las posibilidades de la certeza, Francis Bacon nos invita a torturar a la naturaleza para que a través de esa tortura se logre extraer la verdad. Dos mundos una vez más, uno representando la ruta que navegamos y el otro la ruta no navegada. No aceptamos el camino de la concordia sugerido por Pico della Mirándola, optamos por aceptar la invitación de Bacón y de ese modo continuamos aplicando su receta con eficiencia y entusiasmo. Continuamos cada día torturando la naturaleza a fin de extraerle lo que consideramos la verdad y si no la verdad, por ultimo la utilidad.

En el año 1600, Giordano Bruno arde en la hoguera víctima de su panteísmo, puesto que pensaba que la tierra tiene vida y tiene alma; todo para él son manifestaciones de vida, todo es vida. Tres décadas más tarde murmura Descartes en sus reflexiones metafísicas: *"a través de mi ventana lo que veo son sombreros y abrigos que cubren máquinas automáticas"*. No navegamos la ruta de Giordano, si no escogimos la de Descartes y de esa manera hemos sido testigos del triunfo del mecanicismo y del reduccionismo.

Más adelante para Newton y Galileo el lenguaje de la naturaleza son las matemáticas, nada es importante en la ciencia que no pueda ser medido. La ciencia es la suprema manifestación de la razón y la razón es el atributo supremo del ser humano.

Johann Wolfgang Von Goethe el autor del Fausto, cuyas contribuciones científicas fueron injustamente opacadas por tanto tiempo, quizás por ser demasiado heterodoxas para su época o por que parecía absurdo e inaceptable que un poeta pudiera incursionar en la ciencia. Goethe se sentía incómodo con lo que consideraba como limitaciones de la física newtoniana, para Goethe *"La ciencia es tanto una ruta interior de desarrollo espiritual como una disciplina destinada a acumular conocimiento sobre el mundo físico"*; implica no solo la preparación rigurosa de nuestras facultades de observación y reflexión, sino además de otras facultades humanas que puedan sintonizarnos con la dimensión espiritual que subyace e interpreta lo físico, facultades como sentimiento, imaginación e intuición.

La ciencia como la concebía y practicaba Goethe, tiene como propósito supremo la excitación de nuestra capacidad de asombro, a través de un mirar contemplativo en que el científico llega a ver a Dios en la naturaleza y la naturaleza en Dios; otra vez dos mundos, fascinados aún por el sobrecogedor brillo de Newton y Galileo, hemos escogido no navegar la ruta de la ciencia goetheniana.

Sentimiento, intuición, afecto, conciencia, espiritualidad siguen exiliados del reino de la ciencia a pesar del surgimiento de puertas que comienzan a abrirse en esa dirección. A partir de la física cuántica se está enviando un mensaje que las otras disciplinas sobre todo las sociales no están recibiendo; aún más, la enseñanza de la economía convencional que por increíble que suene se considera *"free science of values"* es un caso conspicuo. Una disciplina, la economía, en que la matemática se ha convertido en un fin de sí mismo en vez de herramienta y que se desprecia como carente de valor todo lo que no puede ser medido, lo cual ha generado modelos e interpretaciones teóricamente muy atractivas pero totalmente desvinculadas de la realidad.

Yo soy músico y ahora comprenderán lo que enseguida voy a decir: Johannes Brahms compuso dos conciertos para piano y orquesta; al margen de que cual de los dos pueda gustarle más a uno, la fascinación sin duda está en el primer lugar. De hecho, se trata de una espléndida exposición de la ruta que Brahms finalmente decidió no navegar y nos hemos quedado para siempre con la gran curiosidad de cómo habría sido el otro Brahms; la cosa es así una ruta no navegada, recordada sólo por ratones de biblioteca, y una ruta navegada a la que le atribuimos logros y éxitos especulares.

La Universidad en particular, muy en particular ha escogido la ruta de Maquiavelo, Bacon, Descartes, Galileo y Newton. En lo que respecta a Francisco, Pico, Giordano y Goethe, estos han quedado como notas a pie de página de la historia. Como resultado de la ruta navegada hemos logrado construir un mundo como lo sugiere el filósofo catalán Jordi Pigem; las virtudes cristianas tales como la fe, esperanza y caridad se manifiestan hoy en día metamorfoseadas como esquizofrenia, depresión y narcisismo. Nuestra navegación sin duda ha sido fascinante y espectacular, y hay mucho en ella digno de la mayor admiración; sin embargo, si la esquizofrenia, depresión y narcisismo, son ahora el espejo de nuestra realidad existencial, es porque súbitamente nos descubrimos en un mundo de confusión, en un mundo de desencanto, donde el progreso se hace paradójico y absurdo, y la realidad se hace tan incomprensible que desesperados buscamos escapes en tecnologías que nos ofrecen acceso a realidades virtuales. ¿a dónde hemos llegado? Hemos alcanzado un punto, me atrevo a decir, en nuestra evolución humana caracterizado por el hecho de que sabemos mucho, sabemos muchísimo y comprendemos muy poco.

Nuestra navegación escogida ha sido piloteada por la razón y nos ha llevado al puerto del saber, como tal; ha sido una navegación asombrosamente exitosa; jamás en toda nuestra existencia hemos acumulado más conocimiento y más saber que durante los últimos cien años. Estamos celebrando la apoteosis de la razón; sin embargo, en medio de tan espléndida celebración súbitamente se salta a la sensación de que algo falta. Así es, podemos alcanzar conocimiento, saber sobre cualquier asunto que nos interese o nos propongamos; podríamos por ejemplo, guiados por nuestro admirado método científico estudiar todo lo que existe desde visiones antropológicas, teológicas, sociológicas, psicológicas e incluso bioquímicas sobre un fenómeno humano llamado amor. Pero una vez satisfecho nuestro conocimiento tarde o temprano descubrimos que jamás podemos comprender el amor a menos que nos enamoremos. Tomaremos conciencia de que el conocimiento no es la ruta que nos lleva al comprender, puesto que el comprender está en otra ciencia, y por lo tanto precisa de otra navegación. Descubrimos entonces que sólo podemos comprender aquello de lo cual nos hacemos parte, aquello de lo cual somos parte inseparable e indivisible. Comprenderemos que el incomprender es el resultado de la separación, que el comprender es holístico mientras que el saber es fragmentado.

Finalmente, hemos alcanzado un punto en el que estamos tomando conciencia de que el conocimiento y el saber no son suficientes y que por lo tanto debemos aprender a comprender a fin de alcanzar la completa plenitud de nuestro ser. Es probable que estemos comenzando a darnos cuenta de que el saber sin comprender es hueco, y que el comprender sin saber es incompleto. Precisamos por lo tanto emprender por fin la navegación hasta aquí pospuesta, pero para poder iniciarla debemos enfrentar el desafío de un profundo cambio de lenguaje.

Sostenía el ya mencionado Ortega y Gasset, que cada generación tiene su tema, a lo cual podíamos agregar que además cada generación o período histórico está dominado o cae bajo el hechizo de un lenguaje; nada hay de malo en ello siempre y cuando el lenguaje dominante de un determinado período resulte coherente con los desafíos de ese período; lo importante de tenerse en cuenta es que el lenguaje influye en nuestras percepciones y por lo tanto moldea nuestras acciones. Recordemos algunos ejemplos: durante los tres primeros siglos del segundo milenio de la civilización occidental, el lenguaje dominante tenía un contenido teológico en el sentido de que

las acciones humanas debían justificarse en nombre de un "llamado superior", que estaba más allá de las necesidades de la cotidianidad, lo cual hizo posible cosas notables.

Acompañenme en este momento e imaginemos que estamos sentados un grupo de amigos en el siglo XI tomándonos una cerveza y uno de ellos dice: saben tengo una idea por que no construimos una catedral, ah mira tú, qué buena idea, pero cómo sería esa catedral, y uno de los que sabe dibujar hace un bosquejo, y dice: yo creo que esta sería una catedral bonita para que este aquí en Colonia, claro bonita es, y otro interrumpe y dice: bueno pero yo creo que para construir esa catedral nos vamos a demorar unos quinientos o seiscientos años, bueno pero **empecemos** a construirla, concluyen diciendo.

Sería eso posible en nuestro **espléndido** mundo de hoy, la catedral de Colonia, bueno habría que pensar en la licitación pública, y en resolver interrogantes como: ¿Quién me la construye más barato y más rápido? Claro si en aquel entonces ya hubiesen inventado esas **cosas que tanto** nos fascina y que se llama la eficiencia. En aquel entonces el tiempo era un factor irrelevante y me permito plantearles un convencimiento absoluto, mío, que no me cabe duda de que les **provocará** gran escándalo, no tengo ninguna duda de que todas las cosas inmortales que se han hecho en la humanidad han sido producto de la lentitud y la ineficiencia.

Que la catedral se va o no a demorar quinientos años, y qué importa, nadie está apurado. Después de todo se trataba de construir para la eternidad y la eternidad no es tiempo infinito sino atemporalidad; ¿habría como ya dije en esos tiempos un lenguaje de la eficiencia económica? Por cierto aún no se habían inventado ese término. La trascendencia estaba en el acto y no en el tiempo requerido para realizarlo, a diferencia de nuestra época eficientista en que el mérito radica en hacer lo más posible en el menor tiempo posible. El mérito de entonces radicaba en hacer lo mejor posible en todo el tiempo que sea necesario.

Escojan ustedes entre los dos mundos: se trata de un lenguaje coherente con los desafíos de su tiempo, por cuanto las catedrales están allí y seguirán por la eternidad.

Posteriormente, el lenguaje dominante del siglo XIX fue básicamente el **relacionado** con la consolidación del Estado-Nación; los grandes discursos de líderes políticos **como** Israel Glastron Bismarck y otros, son ejemplos pertinentes que sin adentrarnos en detalle, permiten asegurar que el lenguaje dominante de aquella época fue coherente con los desafíos de esa misma época, y de hecho fue el siglo XIX donde se consolidó el Estado-Nación.

En el siglo XX el lenguaje dominante es el económico, especialmente después de la segunda guerra mundial; una rápida revisión nos revela aspectos **interesantes a fines** de la década de los veinte y comienzos de la década de los treinta, época de la llamada Gran Depresión o Gran Crisis Mundial, de la cual emerge la economía keynesiana, de Lord Keynes probablemente el más grande economista del siglo XX. El lenguaje keynesiano es en parte producto de la crisis con capacidad de interpretarla y con capacidad de superarla; de hecho fueron los planteamientos de Keynes que el presidente Roosevelt favoreció para superar la crisis en Estados Unidos. Podemos afirmar una vez más que se trataba de un lenguaje coherente con el desafío de su momento histórico.

El siguiente cambio, en este caso de un sublenguaje, porque estamos dentro de lo económico, dio al mundo una economía latinoamericana con interpretación latinoamericana para Latinoamérica, pero lamentablemente eso se acabó³. Podríamos decir entonces que al menos el lenguaje de esa época fue parcialmente coherente con los desafíos de su tiempo.

Bueno y finalmente alcanzamos las tres (3) últimas décadas del siglo XX con la emergencia del lenguaje neoliberal, lenguaje y modelo que se han impuesto y conquistado el mundo entero, lenguaje y modelo de contenido seudo religioso por su simplismo y su dogmatismo que asegura el bienestar para todos quienes respeten y se atengan a su catecismo; estoy personalmente convencido después de analizarlo mucho, de que la única manera de poder entender realmente el lenguaje neoliberal es analizándolo por el lenguaje seudo religioso. Hay que comenzar por cierto de reconocerle que tiene un mérito que ni el Islam, ni el Cristianismo lograron en 2000 años, que es el de haber conquistado el mundo entero en tres décadas, lo cual no es poca cosa, y es precisamente porque es hoy día una seudo religión. Muy probablemente lo que les diga les parezca una caricatura, ojala lo fuera pero lamentablemente es un retrato; ahí tienen esta religión con su propia santísima trinidad: crecimiento económico, libre comercio y globalización; ahí tienen al padre, al hijo y al espíritu santo, tiene su propio Vaticano el Banco Mundial y la Organización Mundial de Comercio (OMC) que como Vaticano es infalible y por lo tanto sabe más que todos nosotros, que es mejor para nosotros y en aras de nuestra salvación, generosamente lo impone. Es un lenguaje y modelo que ha dominado y sigue dominando un período en que la pobreza a niveles globales se ha incrementado dramáticamente, la carga de la deuda ha aniquilado a muchas economías nacionales, generando una brutal sobreexplotación tanto de personas como de naturaleza y recursos naturales; la destrucción de ecosistemas y la biodiversidad, han alcanzado niveles desconocidos en la historia de la humanidad y una acumulación de riqueza financiera, en cada vez menos manos, ha alcanzado proporciones francamente obscenas. Los tres individuos más ricos del mundo tienen un haber igual al de 600 millones de habitantes; no obstante quienes sustentan el poder y manejan las grandes decisiones prefieren mirar hacia el otro lado, y continuar aferrándose a esta seudo religiosa mezcolanza.

Hemos logrado, digo yo, ser seres exitosos pero incompletos; es muy probable que sea precisamente esa incompletitud la responsable de las ansiedades que alteran nuestra existencia cotidiana en el mundo de hoy; quizás ha llegado el momento de hacer una gran pausa y reflexionar; tenemos ahora la oportunidad de analizar con acabada honestidad el mapa de nuestra navegación con todos sus logros y azares, con todos sus logros y tragedias, completando lo cual podría resultar apropiado desenterrar el mapa alternativo de la ruta que optamos por no navegar y buscar allí orientaciones pertinentes capaces de rescatarnos de nuestra confusión existencial. Piénsenlo, quizás a lo mejor tendría sentido que comenzáramos a ver hermanos y hermanas a nuestro alrededor, a lo mejor sería positivo intentar creer que las posibilidades de armonía entre verdades es posible, quizás nos beneficiaría atrevernos a creer que la tierra sí tiene alma y que todo es vida, quizás sería bueno aceptar que no hay razón alguna para desterrar la intuición, la espiritualidad, la conciencia y el afecto del reino de la ciencia o para decirlo con las palabras de Goethe una vez más: "*si buscamos el solaz en el todo debemos aprender a descubrir el todo en*

³ Ante la imposibilidad de concretar con el profesor Max-Neef, lo aquí expuesto, la Facultad de Ciencias Económicas considera que se hace referencia al lenguaje cepalino que predominó por la década del sesenta

la parte más pequeña, porque nada es más consonante con la naturaleza que el hecho que pone en operación en el detalle más pequeño aquello que pretende como un todo".

Qué lindo que entendiéramos así nuestra relación con la naturaleza, pero nuestra apasionada búsqueda del conocimiento, del saber, ha pospuesto nuestra navegación hacia el comprender; nada debiera impedir ahora la iniciativa de esa navegación, si no fuera por una economía practicada bajo el embrujo del lenguaje neoliberal, que contribuye a acrecentar nuestra confusión y a no facilitar el propio saber. Ninguna sustentabilidad de la que tanto se habla y que por cierto requiere el comprender, acabará por lograrse sin un profundo cambio del lenguaje, un nuevo lenguaje que abra las puertas del comprender, ello es una lengua que no esté relacionada con el poder ni la dominación, sino un lenguaje que emerge desde lo más profundo de nuestro autodescubrimiento como partes inseparables de un todo que es la cuna del milagro del arte de la vida. De lograr probar dicho cambio, alcanzaremos a experimentar la satisfacción de haber generado un siglo, sobre todo para ustedes los jóvenes que valga la pena ser vivido. Cabe la esperanza de una navegación que nos lleve a una rivera donde nos convirtamos en seres completos y por lo tanto seres capaces de comprender la completitud de la vida.